

“ANA Y MOHAMED”

Ana tiene 7 años. Había ido con sus abuelos y sus hermanos al Centro Comercial. Bueno, en realidad era mas bien una Zona Comercial restringida al tráfico a la que a sus padres les gustaba ir, con jardines, zonas de descanso con bancos y distintos establecimientos, restaurantes, bolera, sala de juegos, farmacia, librerías, tiendas de moda, etc, repartidas por todo aquel espacio.

Incluso había 4 salas de cine en donde mas de una vez los padres de Ana habían dejado a los niños, cuatro en total, mientras ellos entraban en alguna tienda.

A Ana no le gustaba aquel sitio, le parecía frío, aburrido y no se encontraba a gusto allí, por eso, en vez de quedarse jugando con sus hermanos, prefirió pasear por el complejo comercial, recorrer los distintos pasajes en los que se encontraban las tiendas, jugar a que estaba en un laberinto del que debía de encontrarla salida.

Sin embargo a Ana todo le parecía un decorado, todo le parecía falso e irreal, prefabricado. Hasta los chicos que recorrían las terrazas vendiendo cinturones, relojes o vestidos de playa le parecían todos iguales, guapos, altos, negros, diferentes a la gente que estaba sentada en las mesas pero, ellos, entre sí, iguales unos a otros.

Ana, sin embargo, reparó en que había uno que parecía distinto. ¡Por fin! ¡Esto si era algo diferente! Ana se acercó a él y le dijo:

”¿Tu eres diferente?”. El muchacho, joven, simpático, vestido con una túnica azul y un turbante también azul, con la cara parcialmente tapada por el mismo tejido sobrante del turbante, le contestó:

“Bueno, mi niña, diferente a toda esta gente que hay por aquí, si que soy, pero no soy único. En mi país todos somos así”.

“Y cual es tu país”, le preguntó la niña.

“Bueno, en realidad mi país no existe, es la República árabe Saharaui y hace muchos años éramos también españoles, pero un día España nos abandonó y Marruecos dijo que nuestro país era suyo y nos lo quitaron. Ahora vivimos en campamentos, en el desierto de Tinduf”.

“¿Como te llamas?”, le preguntó Ana.

“Mohamed”, le contestó el muchacho.

“Mohamed –le dijo Ana- ¿Quieres venir conmigo a ver a mis abuelos?. Están sentados aquí cerca. Seguro que dicen que eres distinto. ¿Te importa?”.

“Claro que no, mi niña, yo te acompaño. Verás como tus abuelos dicen que soy distinto, diferente. ¿Sabes una cosa? Cuando yo era niño venía todos los años a España de vacaciones a casa de una familia y me trataban como si fuera su hijo. Lo pasaba muy bien, Iba a la playa con ellos, jugaba con sus hijos, era estupendo. Al terminar las vacaciones tenía que volver al desierto, a la realidad de mi país, de mi familia, pero aquellos días en España eran lo mejor que nos podía pasar a los niños saharauis como yo”.

“¿Y cuando tu venías a España, te vestías también así? Te miraría todo el mundo ¿No? A mi no me gustaría ser diferente a mis amigos ¿A ti sí?”.

“No, claro que no, a mi tampoco”. Yo vestía como los demás niños, incluso muchas veces la señora de la casa me ponía ropa de sus hijos. Esta ropa que llevo ahora, la ropa típica de mi país, la llevo precisamente para llamar la atención, a si se fijan en mi y tengo mas posibilidades de que me compren algo, al menos de que se acerquen a mi o me llamen para que les enseñe lo que llevo. Cuando estoy en mi país, en el campamento, tampoco visto así, esto lo usamos mas bien en las fiestas o en las manifestaciones, cuando hacemos la vida normal nos ponemos cosas mas cómodas, vaqueros, polos y cosas normales, igual que aquí.”

“Pues a mí me gusta mas la ropa que llevas ahora que los vaqueros y los polos. ¿Sigues viendo a la familia con los que pasabas los veranos?”.

“Si, a veces los veo, incluso algún día me invitan a su casa a comer con ellos. Ya son bastante mayores y sus hijos ya son como yo, pero nos alegramos mucho de vernos. Recordamos aquellos veranos que pasábamos juntos y cada uno cuenta alguna cosa de aquella época, algún recuerdo que le ha quedado especialmente en la memoria. Las cosas que vives de niño no se suelen olvidar, ya lo verá, tu también te acordarás siempre del día que me encontraste, de lo que hablamos, de las cosas que te conté.”

“A lo mejor mi abuelo nos hace una foto a los dos y así será mas fácil que me acuerde ¿No? ¿Tu también te acordarás?”.

“Seguro, pequeña, me acordaré siempre de una niña muy bonita y muy lista que estuvo charlando conmigo y que me hizo recordar los años que yo pasé, siendo niño como tu, en una casa en España con una familia como la tuya”.

“A lo mejor mis abuelos conocen a tu familia de España, ellos conocen a mucha gente ¿Quieres que se lo preguntemos?”.

“No, pequeña, no les conocerán y tampoco les gustará que hables conmigo.

De pronto una pareja de policías municipales se acercó al joven y a la niña que avanzaban cogidos de la mano y le pidieron los papeles. Él no pareció preocuparse, busco en el interior de su túnica y saco una carpeta que les entregó a los guardias. Los policías le preguntaron a la niña:

“¿Tu conoces a este hombre?”.

“Si, les contestó ella. Es distinto y viene del desierto. Ahora vamos a ver a mis abuelos”.

“No, pequeña, no podrá ser. Este hombre tiene que venir con nosotros. En ese momento llegaban mis abuelos que habían venido a buscar a su nieta, extrañados por lo que tardaba. Los abuelos y las tres hermanas de Ana, habían empezado a preocuparse por lo que tardaba en volver.

De pronto la vieron, allí estaba, junto a un policía mientras otro entraba en un coche patrulla con un muchacho joven vestido de árabe, uno de esos vendedores que suelen andar por las zonas turísticas.

“Deben de tener Uds. mas cuidado con la niña. No es conveniente que la dejen sola, sobre todo siendo tan pequeña”.

“Pero ¿Ha ocurrido algo?”, les pregunté preocupado el abuelo de Ana mientras su mujer abrazaba a la niña y la examinaba para comprobar que no le había ocurrido nada.

“No, no, nada, pero como suelen decir, las armas las carga el diablo y mas vale prevenir que curar ¿Me entienden?”.

La niña volvió su carita para mirar al joven árabe que estaba ya dentro del coche patrulla y le sonrió. El también sonrió aunque me pareció que su sonrisa era triste. El coche se fue con los dos policías y con el muchacho y Ana y su familia se volvieron a casa.

A todos se nos habían quitado las ganas de seguir allí.

Seudónimo: Augusto Carvajosa.

Categoría Adultos.